

PABLO COHEN

LOS INDOMABLES

TOPOLANSKY • MUJICA

Prólogo de Carlos Pagni



PABLO COHEN

LOS INDOMABLES

TOPOLANSKY • MUJICA

Prólogo de Carlos Pagni

Raíces

UNA CHACRA EMBLEMÁTICA EN RINCÓN DEL CERRO · JORGE MARIO BERGOGLIO, MUCHO MÁS QUE FOLCLORE · TUCHO METHOL Y LUIS ALBERTO DE HERRERA, VIEJAS PASIONES · LUIS BATLLE BERRES Y JUAN PABLO TERRA, PRESENTES · EL CARISMA DE LOS ANIMALES POLÍTICOS · LA REVOLUCIÓN AMERICANA, UN PROCESO OBIADO · MUJICA, EL PERSONAJE · LUCÍA TOPOLANSKY, LA PATRICIA REBELDE · DOS CRIANZAS DISTINTAS PERO COMPLEMENTARIAS · Y LOS ECOS DE UNA LECCIÓN QUE PERVIVE.

«Hay sabiduría destilada en la historia de la Iglesia católica»

En Google Maps figura un sendero que alberga una promesa a ratos redentora, a ratos folclórica. Se trata de un camino misterioso y ondulante, llamativamente estrecho, como si quien lo trazó no quisiera que quien lo emprende muriera de ansiedad, y cuyo carácter público constituye una de las tantas curiosidades que encierra su universo: la chacra de José Mujica, más propia de la estelar ficción de Juan Rulfo que de la predecible penillanura oriental.

Pero nombrar a Mujica sin nombrar a Lucía Topolansky sería una temeridad. Si esto fue siempre así, mucho más lo es hoy, martes 16 de abril de 2024, cuando, en medio de un clima ominoso,

intento eludir los abundantes charcos con que me recibe esa tierra extraña que es, así la hayamos recorrido ciento once veces, la casa del expresidente de la República.

Porque hay un hilo invisible que no figura en la biografía individual de ninguno de los dos: el que define la historia de amor —cómplice, tierna y honda— que los une.

Ese hilo atraviesa todo este libro, como si la consigna de Viglietti —«una gota con ser poco con otra se hace aguacero»— hubiese sido escrita para cumplirse religiosamente. Y se torna obvia, más que en lo que Mujica y Topolansky dicen, en la forma en que, complementándose con naturalidad bíblica, lo dicen.

—¿Sabés lo que me da impunidad? —pregunta Lucía.

—¿Qué?

—Estas canas —asegura, muriéndose de risa.

No hacía falta escuchar sus comentarios contraculturales durante las elecciones internas de 2024 para saber que hablaba en serio. Hija del ingeniero Luis Topolansky Müller y de la ama de casa María Elia Saavedra Rodríguez, Lucía es la segunda más pequeña de siete hermanos. Su hermana melliza —María Elia— fue, como ella, tupamara, pese a que, en un gesto coherente con la historia heterodoxa de este movimiento político, la haya criticado tantas veces en público.

Más humilde, alejada de cualquier aire patricio, pero no de la dignidad que atravesaba verticalmente

las clases sociales del Uruguay, fue la infancia de José Alberto Mujica Cordano Terra, un hombre que, si se azuza el oído y se espantan los prejuicios, incomoda a propios y extraños.

En primer lugar, por su pasado herrerista, del que en cierto modo se siente orgulloso. En segundo lugar, porque no ha sido un líder militar, ni un seguidor ideológico acrítico, del ala dura del Movimiento de Liberación Nacional. En tercer lugar, porque se mostró suficientemente incorrecto en su discurso para espantar a la pequeña burguesía nacional. Y en cuarto lugar, porque su adhesión tardía al Estado de derecho al que había combatido aun antes del pachecato fue tan irreductible que, más que por ese espíritu, las críticas que recibió durante su gestión tuvieron que ver, sobre todo, con una manera idealista —y, por momentos, anárquica— de entender la vida y de gestionar la cosa pública.

Carismático, austero, auténtico y bien intencionado, Mujica, un intuitivo que no necesita títulos universitarios para enseñar comunicación política, se siente cómodo en medio de las metáforas, las bromas y las referencias populares que hilvana toda vez que, fiel a su estilo, recibe a un visitante en su casa, de brazos abiertos y con ese aire reñido con la solemnidad que clausura cada conversación.

Sentado frente a su alma gemela, ocupando cada uno la cabecera de la mesa de la cocina —donde los elementos más tentadores son una salsa de tomates casera y una colección de bebidas alcohólicas que figuras de todo el mundo le han regalado—, Pepe sabe perfectamente cómo administrar cada silencio, enlazar cada idea y narrar cada historia, un

magnetismo cuya intensidad no ha mermado ni con el paso del tiempo —ya tiene ochenta y nueve años— ni con el crudo diagnóstico de cáncer de esófago que recibió a principios de 2024.

Rehén de la dictadura, referente de un sector político al principio extremista y minoritario, y más tarde democrático y mayoritario, el mismo sector por el que fue diputado, senador y presidente —y por el que su esposa fue, con un estilo bastante más cerebral, la primera vicepresidenta en la historia del país—, Mujica habla con la libertad propia de los sabios de la tribu, un valor que el Uruguay reserva para muy pocos.

Astuto, pícaro y provocador, comparte el protagonismo de este libro con la particularmente lúcida Topolansky, quien completa la escena como si se hiciera, sin que terminara de importarle del todo, aquella pregunta que José Donoso estampó con contundente belleza: «¿Cómo contar, desde este empobrecido presente, la experiencia de la ya lejana gesta?».

«Pepe Mujica es uno de los grandes de Latinoamérica. Su mujer, Lucía, también. Es un poquito más ideologizada, pero sería», dijo, entrevistado en marzo de 2023, Jorge Bergoglio, quien también se refirió a usted, Mujica, como «un tipazo». ¿Alguna vez el viejo militante herre-rista devenido tupamaro y luego presidente de la República, o la vieja patricia convertida en guerrillera, senadora y vicepresidenta pensaron que un papa se referiría a ustedes en estos términos?

J. M.: Honestamente, a mí no se me pasó ni por la cabeza. Sin embargo, cuando me enteré de las inclinaciones intelectuales de Bergoglio, y de que era muy amigo de Alberto Methol Ferré, un personaje singular, un intelectual muy independiente que, además, me acompañó en el último proceso electoral, me di cuenta de algunas cosas. Porque «dime quiénes son tus amigos y voy a tener una idea de cómo piensas». Después, cuando lo fui a ver, le llevé algunos libros de Tucho. Y ¿ves ese reloj que está ahí atrás tuyo? Me lo dio el papa y me dijo: «Mire, no sé quién me lo regaló, pero yo se lo voy a regalar a usted» (risas). Lo cierto es que no se podía ni soñar con que tuviéramos un papa del barrio. Un papa que, por otra parte, rompió una cantidad de moldes.

L. T.: Yo tampoco imaginé jamás que un papa hablaría de esa manera. Para mí, el papa siempre fue una cosa lejanísima, y Roma y el Vaticano, algo inalcanzable. La primera imagen que tuve de un papa fue la de Pío XII, respecto de quien siempre se dijo —y me quedó la idea, aunque no sé si es verdad— que tuvo cierto grado de colaboración con el nazismo, concretamente con nazis que huyeron vía Italia, a través de algunos conventos, hacia la Argentina. Pío XII era una persona que más bien podía ser una estatua del Vaticano, y la verdad es que no me generaba nada (risas). Sin embargo, hubo otro papa posterior, Juan XXIII, que promovió el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, trabajó mucho con algunos obispos brasileños que realmente eran tipos fuera de serie, y fue una especie de breve luz de la cual Francisco, según lo veo, viene a ser la continuidad. Pero uno está muy lejos físicamente de ese fenómeno, y de cierto modo, también

espiritualmente. Porque si bien me eduqué en una escuela religiosa, tuve que preguntarme «¿cómo es esto?» cuando escuchaba, por un lado, a mi padre, un batllista que, entre otras cosas más fuertes, les decía «pollerudos» a los curas, y por otro, a mi madre, que era católica (risas). Como si fuera poco, mi abuelo paterno, también batllista, era totalmente anticlerical.

Qué interesante. Seguramente Bergoglio se conciba como una continuidad de Juan XXIII, pero también de Pablo VI. ¿En qué pensaba usted, Mujica, cuando afirmaba que rompió moldes?

J. M.: Primero, hay una cuestión de nacionalidad, de que sea latinoamericano, porque la Iglesia tuvo, en general, una actitud muy conservadora en su cúpula y en ciertos procedimientos, ¿no? Y recuerdo que Bergoglio me dijo gráficamente: «Usted comprenderá que esta es la monarquía más vieja que existe, y que cambiar esto no es sencillo». Eso me lo comentó la primera vez que lo vi. Entonces, cuando salí, me agarró un arzobispo y me hizo un interrogatorio poco menos que policial. Y fijate: la segunda vez que me reuní con Bergoglio, ese arzobispo ya no estaba. Quiere decir que el hombre había ido tomando medidas y cambiando cosas con las que no se sentía conforme. Es evidente que ahí adentro había una lucha entre lo conservador y lo abierto. Pero la Iglesia es muy sabia.

¿Porque se adapta?

J. M.: Por algo ha durado tanto una cosa tan vieja. Y yo, que no soy creyente, le tengo mucho

respeto porque, como la lengua, es una columna vertebral, uno de los nervios culturales constructores de nuestra América Latina. Y cuando uno recorre la América andina y toda esa zona, ¡pah!

Hay una penetración cultural íntima.

J. M.: ¡Claro!

Usted recién nombró a Methol, y parece inevitable repasar algunas inclinaciones del papa, un señor que elige llamarse Francisco por su admiración al espíritu de san Francisco de Asís, pero que ejerce el poder como un jesuita, que cree profundamente en la doctrina social de la Iglesia y que sigue una teología más moderada que la de la liberación, pero igualmente progresista: la teología del pueblo, desarrollada por Lucio Gera y por Juan Carlos Scannone. Y que, como decíamos, es devoto de Methol Ferré. ¿No habría parecido muy improbable que usted pudiera llegar a tener esa afinidad con un papa, Mujica?

J. M.: Sí. Pero en el contexto en el que Bergoglio llegó, después de lo que había pasado en la Argentina y todo lo demás, no tanto. Claro: si me agarraba hace cincuenta años, probablemente hubiera visto el tema con otros ojos. La visión que teníamos era una, pero el tiempo también opera sobre nosotros. Bergoglio es un fenómeno. Después, ¿te acordás que nos invitó a aquel encuentro juvenil, Lucía?

L. T.: Sí, a un encuentro de organizaciones sociales.

Y en el trato, ¿es argentino?

L. T.: Sí, sí, totalmente.

J. M.: Es argentino, ¿es argentino!

L. T.: «¿No trajeron mate?», te dice.

J. M.: Es tomador de mate e hincha de San Lorenzo, ¿viste?

Y filoperonista.

J. M.: ¡Como cualquier argentino! (risas).

L. T.: Además, él tiene un pasado relacionado con su trabajo en las villas, de su época como arzobispo de Buenos Aires, que se nota. En el cierre de una de las conferencias que encabezó, dijo: «Los que tienen fe, recen por mí, y los que no, tírenme buena onda». E hizo así, con el dedo para arriba. ¡Fue tan humano! Me cayó de lo más bien.

J. M.: Es brutal. Porque hay una cosa, ¿no? La historia de la Iglesia es muy muy compleja, y siempre tuvo personas que se acomodaron con el sistema. Pero también ha tenido una pata entreverada de gente valiosa. Las misiones jesuíticas son el acto de colonización más vanguardista que ha habido en toda la historia de América; no aplastaba, sino que promovía y respetaba. Y pagó el precio de comerse una guerra, nada menos que de Portugal. Lo que la gente no recuerda es que algunos curas, entre esos jesuitas que rajaron, fueron a dar a Estados Unidos y participaron en la Revolución americana. Fijate vos, las revoluciones son amplias, y propias de la condición humana. Por eso, en su largo camino, la Iglesia también fue refugio. Cuando nosotros

salimos de la cárcel, hicimos nuestra primera conferencia de prensa en Conventuales. Es decir que vivimos un mes con los franciscanos, que nos abrieron las puertas. Eran curas consustanciados con la teología de la liberación, ¿entendés? Las ideas luchan adentro de la Iglesia, y no podés meter todo adentro de una bolsa.

L. T.: Hay congregaciones formadas por predicadores, como los dominicos, por gente que salió al mundo a hacer cosas; otras que son más de clausura; y otras que se dedican más a la administración. Y hay toda una gama de posiciones, dentro de las cuales existen tipos que cumplen determinados rituales que no tienen un predicamento cercano a la población. Pero ha habido curas distintos, a los que la militancia por la Iglesia formó. Cuando empecé a militar en los asentamientos —que en esa época se llamaban cantegriles—, ese tipo de curas estaba allí. Y más adelante conocimos a Uberfil Monzón. Entonces, nosotros le decíamos: «¿Por qué no tirás los hábitos a la mierda?» (risas). Es que coincidíamos en todo, solo que él tenía hábitos.

J. M.: Allí se entrevera la cuestión del poder, pero lo cierto es que hay sabiduría destilada en la historia de la Iglesia católica. En sus relaciones, incluso en su liturgia. Porque, ¿qué es el colegio cardenalicio que elige a un papa? El comité central de la Iglesia. Sin embargo, no se reúne burdamente, sino con pompa.

L. T.: Todos vestidos de colorado (risas).

J. M.: Exacto. Y todo, desde la ceremonia hasta la fumata que anuncia al papa que han elegido, comunica.

El papa es, además, un gran animal político. ¿Qué otros personajes, más allá de la ideología, les han llamado la atención por esa condición de políticos puros y carismáticos que, como Lula, Raúl Alfonsín, Wilson Ferreira Aldunate, Ronald Reagan o Barack Obama, han nacido para una tarea?

L. T.: En mi familia, al menos indirectamente, había dos políticos. Uno era Zelmari Michelini, que estaba casado con Elisa Dellepiane, la hermana de mi tía. Conocerlo era como toparse con un ventarrón. Y otro era Américo Plá Rodríguez, un tipo buenísimo, pero que no conmovía ni a una mosca (risas). Así que existía un contraste muy grande. Y después tenía una tía, prima de mi madre, que era taquígrafa del Senado, y venía y contaba todo tipo de chismes. Pertenecía a la 14, una lista que ahora no existe, pero que fue muy fuerte, y había sido secretaria del *Carretilla* César Batlle, con lo cual relataba discusiones del Senado geniales, lo que me permitía mirar de lejos un universo que para mí era, directamente, otro mundo.

Por otro lado, yo tenía un tío que pertenecía a una tertulia que se desarrollaba en la librería Monteverde. Ahí iba constantemente gente de *Marcha*, como Carlos Quijano, y tuve oportunidad de conocer —de vista, porque era chica— a figuras como Omar Prego Gadea, a intelectuales que hablaban de política y que, de todas maneras, eran distintos a Michelini. Bueno, todo eso te va politizando, porque hay que tener claro que este es un país muy politizado.

Sigue siéndolo...

L. T.: Sí, y yo me alegro de eso.

Sin dudas, porque cuando se acerca una campaña electoral los debates giran más en torno a cuestiones concretas de la política que al marketing vacío de la comunicación. Pero, Pepe, no quiero dejar de saber en quién piensa usted cuando escucha la expresión «animal político».

J. M.: Es que yo conocí a muchos personajes, quizás demasiados. Por ejemplo, conocí a Mao, a Fidel Castro y al Che Guevara. ¡Yo qué sé!

¡Guau!

J. M.: (Risas). Pero de Uruguay, dos de los tipos más carismáticos que conocí fueron Luis Batlle y el viejo Herrera. Multitudes fanáticas como las que juntaba Herrera no vi nunca más.

¿Ni siquiera con Wilson Ferreira?

J. M.: No. Lo que lograba Herrera era una cosa muy seria. Era un caudillo único. Ahora, ¿cómo lo logró? No me lo preguntes, porque lo conocí ya anciano. Sin embargo, su ancianidad había creado toda una mística. Y de Luis Batlle te voy a contar una anécdota. En un momento, durante su gobierno, hubo toda una vorágine vinculada con el dólar. Entonces, Batlle recibió a una serie de economistas jóvenes, entre ellos el viejo Enrique Iglesias —un fenómeno—, que le explicaron los distintos tipos de dólar que había. Y Batlle los miró y les preguntó: «¿En qué dólar me pusiste la yerba?». Bueno, eso es política.

Qué bárbaro. Detengámonos en dos figuras, a una de las cuales, lógicamente, usted conoció siendo más joven: el Che Guevara y Barack Obama. ¿Qué fue lo primero que le llamó la atención de ellos?

J. M.: Yo con el Che estuve dos veces, nomás, y con Obama estuve tres. Pero el Che era una especie de mito caminante, sobre todo para nosotros, que éramos jóvenes. Sin embargo, no dejaba de ser un rioplatense, porque tenía un humor mordaz.

L. T.: Terriblemente mordaz.

¿En qué se plasmaba?

J. M.: Y... te decía cosas como esta: «Con estas playas que tienen, a ustedes no se les ocurrirá hacer la revolución en verano, ¿no?». Te tomaba el pelo, ¿viste? (risas).

L. T.: Porque él venía de Punta del Este a Montevideo en auto, entonces hizo ese comentario...

Impresionante. ¿Y Obama?

J. M.: Vos te dabas cuenta de que era un tipo muy popular. Sin embargo, la primera vez que lo vi no tenía ni idea que lo iba a ver. Fue en una conferencia de presidentes en Cartagena de Indias. Entonces, el presidente de Colombia ofreció una cena donde había un montón de mesitas. Y cuando llegué me agarraron y me llevaron a una. En esa mesita estaban el presidente de Colombia y ¿quién más?: Obama. Así que me pusieron al lado de él. Esa fue —estoy seguro— una jugada de la señora Hillary Clinton, que había venido a mi asunción

presidencial y me había traído bruto regalo: un cas-cote de vidrio.

L. T.: Es verdad, aunque no sé ni dónde quedó.

J. M.: Ahora, recuerdo que hablamos con Obama, ¿no? Y me acuerdo bien de que le dije: «Váyase de Afganistán. Mire que hasta tuvo que irse Alejandro Magno».

¿Qué le contestó?

J. M.: Se rio. Después estuvimos hablando de inmigración, y le comenté: «Hay que darle una mano a Centroamérica para que se desarrolle, hay que ayudarlos». «Usted tiene razón», me contestó, «pero vaya a convencer a los republicanos». ¿Te das cuenta? Eso te habla de las limitaciones que tiene todo presidente. No podés hacer lo que quieras. Pero, bueno, la inmigración fue siempre un problema y, al mismo tiempo, un empuje de crecimiento que sirve para rejuvenecer a la población, y para aportar contingentes enteros de trabajadores baratos y pujantes.

Eso es Estados Unidos.

J. M.: ¡Pero claro! Estados Unidos era, y es, un país de inmigrantes. Bueno, la cosa es que después estuve con Obama en una comida en Nueva York, donde me pusieron frente a él. Se ve que los famosos servicios secretos funcionan, ¿entendés?

¿Por qué?

J. M.: Porque estuvimos hablando y él dijo: «Este es un personaje» (risas). Y la última vez que lo vi fue en el Salón Oval.

El famoso Salón Oval...

J. M.: Será famoso, pero le hacen un pamento bárbaro: ¡mirá que es una pieza de mierda! (risas).

Convengamos que no es común que el presidente de Estados Unidos reciba al presidente de Uruguay en el Salón Oval de la Casa Blanca, si bien es cierto que George W. Bush había recibido con honores a Tabaré Vázquez en el año 2006.

J. M.: Ni que hablar. Por algo Obama hizo venir al canciller, John Kerry, que andaba por ahí. Yo me daba cuenta de que me estaban tratando de personaje.

Traduzca más explícitamente lo que está diciendo, por favor.

J. M.: Yo no soy yo, sino que cargo con una historia, y esa historia también pesa: un viejo loco, que fue guerrillero, que estuvo preso y que fue presidente. ¿Te das cuenta? Es medio exótico.

Es que usted hasta podría ser la encarnación del sueño americano. Porque, según ese sistema, usted se corrigió y hoy es un personaje folclórico, cinematográfico e imitable.

L. T.: [Ríe a carcajadas].

J. M.: Y bueno, de repente sí. Ahora, eso fue cuando viajé a la Asamblea de las Naciones Unidas, donde pronuncié uno de los pocos discursos en los que realmente trabajé en mi vida. La verdad es que la compañera, acá presente, me tuvo que soportar. Lo pensé mucho.

L. T.: Recuerdo que él andaba por las calles de Nueva York y lo pararon unos rabinos que estaban muy sorprendidos porque en una foto nuestra habían visto un candelabro de siete brazos y querían saber por qué lo teníamos.

¿En esa época ya lo paraba todo el mundo por la calle?

J. M.: Todo el mundo no, pero alguna gente sí, porque hay mucho latinoamericano en Nueva York.

¿En qué año usted se volvió una estrella internacional?

J. M.: Creo que se dio progresivamente, muchas veces con los viajes a Europa. Pero la responsable, la autora de todo eso, es internet.

L. T.: Cuando Pepe asumió, aparecieron acá unos tipos de la agencia EFE con los que yo me enojé bastante porque no les cerraba que hubiera llegado a la presidencia por la vía electoral una persona así. Para ellos, todo era ETA. Yo les quise explicar que, aunque podíamos tener cosas en común, como el uso de las armas, teníamos muchas diferencias, entre ellas, la realidad y los procesos de cada país. Pero estaban empeñados en plantar ese esquema, así que tuvimos un encontronazo, porque aparentemente había que poner como título algo que llamara la atención, del estilo: «Un guerrillero presidente».

J. M.: También hay un problema, ¿no? Porque «en el principio era el Verbo», como dice la Biblia. Y podrán estar de acuerdo o no, pero cuando hablo yo digo cosas.

¿El problema sería que los demás no las dicen?

J. M.: No sé. Hay mucho lugar común, mucha sopa boba, ¿viste? Entonces, si bien el discurso de la ONU fue pensado, porque sabía que no iba ir todos los días a las Naciones Unidas, y tuve la suerte de que Uruguay es uno de los últimos países a los que les toca hablar, dije cosas. Pero también dije cosas en Río+20, improvisando en pila y basándome en algunas anotaciones que había hecho en la palma de mi mano.

L. T.: Lo de los lugares comunes que dice Pepe es tan así... Una vez, en la Cámara de Senadores estaban homenajeando a alguien. Entonces, yo veía que *el Flaco* Ernesto Agazzi escribía, escribía y escribía. Y en un momento me dijo: «¿Sabés lo que estoy haciendo? Anotando todas las frases hechas que pronuncian. Ya tengo armado un discurso, y siempre repiten lo mismo: “Era un hombre de bien, amigo de sus amigos, etcétera, etcétera”» (risas). Entonces, como eso en la política existe, cuando aparece alguien diferente, como *el Canario* Alfredo Fratti, que tiene una forma de expresarse propia del interior del país, llama la atención.

J. M.: Yo me acuerdo de que, cuando llegué al Parlamento, todos iban de traje y corbata, y yo fui de vaquero. ¡Era una cosa...! Bueno, eso lo rompimos. Pero, pensando en la oposición, sabía lo que podía pasar. Y sucedió algo a raíz del hecho de que nosotros teníamos desplegada en África una tropa que había que traer de vuelta. Allá había un personaje militar con un nombre medio estrafalario, y bueno..., se armó una discusión con Daniel García Pintos.

¿Usted la buscó?

J. M.: No la busqué, pero sabía que iba a venir. Y esto lo recuerdo bien: «Mire, yo soy un paisano que viene a hacer más o menos lo que puede. Y tengo muchos defectos, pero nunca anduve atrás de patrones que se sientan un día con la democracia, otro día con la dictadura».

¿Le dijo eso en serio?

J. M.: Sí, pero cuando dije «se sientan», hice una pausa. ¿Podés creer que nunca más me dijo nada? Jaime Trobo me mandó un papelito felicitándome: «¡Te pasaste, eh!» (risas).

***Stand up.* Si les parece bien, volvamos a sus raíces. ¿Cómo fue la infancia de José Mujica y de Lucía Topolansky? ¿Cómo recuerdan ustedes a sus padres?**

J. M.: Yo perdí a mi padre cuando tenía ocho años. El recuerdo que tengo de él es muy antiguo. Lo veo al lado de la radio: tenía un rulito acá y se lo enroscaba así [hace un gesto lento, muy propio de él, con la mano]. En realidad, mi padre era un funcionario público, pero había sido un microestanciero arruinado en la década del 30. Él pertenecía a una familia muy grande. Cuando murió mi abuelo, dividieron el campo, le tocó un pedazo chico y se metió a hacer una empresa de prefabricados. Bueno, marchó al spiedo durante la crisis del 30. Y por razones de influencia familiar, había conseguido un trabajo en Vialidad. Mi papá, Demetrio Mujica, tenía una balanza acá, cerca de casa, porque en aquella época se pesaban los camiones. Y habían llegado

ahí al Paso de la Arena, habían comprado otra casa, y eso estaba a medio pagar cuando él se enfermó y murió, de manera que mi madre terminó criándome sola. Yo tenía la escuela al lado. Así que estaba hipercontrolado, porque salía de mi casa y entraba a la escuela, ¿te das cuenta? Mi madre, Lucy Cordano, era descendiente de italianos, de una familia de gente agricultora, y la verdad es que tuve mucha influencia de su familia, porque iba a pasar todos los veranos a Carmelo. Y Antonio, el padre de mi madre, había nacido en Uruguay, más precisamente en una colonia que se llamaba Colonia Estrella, de manera que tenía una profunda cultura italiana. Ellos me contaban todo el tiempo cosas de sus antepasados. A esos tanos, cuando llegaron, antes de las guerras saravistas, los atacó una epidemia de cólera y murieron varios. De manera que mandaron a buscar un cura, tendieron una sábana en el campo, hicieron una misa, y después no se murió más nadie. Pero quedaron tan conmovidos que dijeron: «Vamos a hacer una iglesia». Es la Capilla de San Roque, todavía está ahí, y es preciosa.

L. T.: Preciosa.

J. M.: La verdad es que esos tipos eran tanos inmigrantes que vinieron de la montaña, de trabajar en terrazas, y tenían una cultura más desarrollada que los criollos de acá. Además, eran buenos artesanos. Y a esa gente, que era muy pobre, se le ocurrió fundar una escuela privada: no se la pidieron al Estado. O sea que contrataron a un maestro que venía de noche a darles clase. Mi abuelo contaba que él iba a clases, llevaba las zapatillas, se lavaba las patas en el bebedero de los caballos, se ponía

las zapatillas y, cuando salía, se las sacaba para no gastarlas. ¡Calculá! Todos los de esa colonia —unos más, otros menos— prosperaron. Pero mi abuelo era un fenómeno: puso boliches, tenía carretas, era fletero, hacía vino, criaba vacas, sembraba, y después compró máquinas trilladoras. Hacía ocho o diez cosas distintas y decía: «Todas mal no me pueden salir». ¡Ahora le llamamos diversificar el riesgo! (risas).

¿Era una persona cariñosa?

J. M.: Sí. Yo lo acompañaba y él me daba consejos: «Usted, cuando sea grande, compre tierra», decía. «Compre tierras crudas, nunca pierden». Tenía claras las leyes fundamentales de la economía. Cuando murió, a causa de una cuestión cardíaca, tendría sesenta años, y yo ya era un hombrecito. Mi abuelo falleció carneando una vaca para hacerle un homenaje a un cura que venía de Italia.

¿Su mamá era buena pero dura?

J. M.: Mi vieja tenía un carácter..., ¡pah! Era una tana fuerte, ¿viste? Te levantaba una bolsa de pórtland y se la ponía abajo del brazo. Creo que su personalidad se parecía más a la de la señora de mi abuelo que a la de mi abuelo. Pero yo me doy cuenta de que tomé gusto por las cuestiones agropecuarias gracias a él. Fijate que hacíamos la vendimia, íbamos a atar las vacas, andábamos con la maquina trilladora, plantábamos maíz, le pasábamos el carpidor y teníamos en pila de árboles frutales. En Carmelo era más fácil viajar a Buenos Aires que a Montevideo, y él siempre volvía con algunas plantas.

Qué bárbaro. Lucía, más allá de la particularidad de cada ambiente, la primera diferencia con Pepe está en el modo en que se constituyó su familia, ¿verdad? ¿Cómo recuerda aquellos años?

L. T.: Mi padre tuvo dos matrimonios, y yo tengo una hermana del primer matrimonio y seis del segundo, así que en total somos siete. Recuerdo que mis padres habían estado en Europa, porque mi viejo trabajaba en la Ancap en una época en la que estaban construyendo una planta en La Teja, y en la que se hizo una licitación para comprar las calderas y las maquinarias. Y como la ganó la Siemens, y él hablaba alemán y era el ingeniero que estaba en la obra, lo mandaron a hacer la supervisión de la fabricación de las calderas y a aprender su manejo. Pero tuvo la mala suerte de llegar a Europa en el año 39. Entonces, si bien a los pocos meses empezó la guerra, Uruguay no rompió relaciones con Alemania enseguida, así que ellos vivieron ahí esos primeros años. O sea que, cuando mis padres llegaron al Uruguay, ya habían nacido mis dos hermanos mayores. Ellos habían ido a Alemania con mi hermana mayor, y ahí nacieron mis dos hermanos. Así que cayeron en Uruguay como sapos de otro pozo, desde un país en guerra, con Hitler, a un país que estaba en otra, ¿te das cuenta? Entonces les costó un poco reincorporarse a la realidad. Y se fueron a vivir a la casa de mi abuela materna, Elia Rodríguez, en El Prado, porque en esa época cuando alguien se enfermaba de tuberculosis tenía que ir a un lugar con mucho aire. Y yo tenía un tío que se había enfermado, por lo cual mis abuelos alquilaron un caserón con una casquinta por ahí, en Lucas Obes y Amarales. Bueno,

ahí nació mi hermano, y después nacimos mi hermana y yo. Quiere decir que yo siempre he estado en una especie de borbollón de gente, ¿no? Porque allí vivían no sé cuántas personas, y más tarde vino a vivir con nosotros mi abuela paterna. Aparte, había un tío que prácticamente vivía en mi casa, y primos que a veces se quedaban.

Es decir que aquello era un colectivo. Ese era el ambiente. Y mis padres eran los típicos padres de la época, con todas sus tradiciones a cuestas. Mi papá, Luis Topolansky, era colorado, de Luis Batlle. Aunque no se metía en política, tenía esa afinidad, porque el Partido Colorado había tratado muy bien a los hijos de inmigrantes. Después de estar en Ancap, trabajó en el ferrocarril. Pero antes y después de eso trabajó en empresas constructoras. Y cuando se ocupaba del ferrocarril estaba poco en casa, porque ellos avanzaban con un campamento por la vía, sin celular, sin internet, sin nada, y el ingeniero iba con la cuadrilla. Mi viejo era un hombre muy enfermo. Se debe haber enfermado de todo lo que te puedas imaginar, así que lo operaban de distintas cosas y nosotros le decíamos «envase», porque de tanto operarlo al final se iba a quedar sin nada adentro (risas). Sin embargo, siempre sobrevivía: murió viejísimo, con ochenta y cuatro años, cuando yo estaba presa. Era de una familia longeva, porque una hermana de él murió como con ciento veinte años. Y mi mamá tenía noventa y cinco cuando falleció.

¿O sea que Pepe conoció bien a sus suegros?

L. T.: Sobre todo a mi mamá. Mirá, esto es genial: cuando conoció a mi madre, Pepe le dijo: «Gracias

por su hija». A mi madre eso la mató, y enseguida pasó a ser el mejor de todos, porque ninguno más —ningún yerno ni ninguna nuera— le había agradecido por un hijo.

Imponente. ¿Su madre era blanca y católica?

L. T.: Era demócrata cristiana y prima de Américo Plá Rodríguez, así que llegó al Frente Amplio más tarde, cuando el partido se incorporó al Frente a través de Juan Pablo Terra.

¿Cómo diría que era su suegra, Pepe?

J. M.: No la conocí mucho, pero era una viejita macanuda, muy dulce.

Como ocurre con los dogmatismos de distinto tipo, también hay resentimientos de izquierda y de derecha, probablemente porque el resentimiento sea más una condición humana que ideológica. Uno ve que existe gente muy conservadora que le echa en cara a una persona de origen acomodado que se haya vuelto de izquierda. Sin embargo, la historia está llena de casos así, desde Jorge Zabalza hasta Ernesto Guevara De la Serna Lynch. Y digo esto porque usted se llama Lucía Topolansky Saavedra, y me gustaría saber si está agradecida o, en cambio, le genera una especie de contradicción interna haberse criado en una familia privilegiada.

L. T.: En realidad, mi familia pertenecía a la típica capa media del Uruguay de la época, con un profesional y una ama de casa. Y como éramos unos cuantos, tampoco tirábamos los billetes. A veces, mi

abuelo Enrique apoyaba a mis padres. Sí es cierto que la familia de mi madre tenía prosapia, porque es una de las familias fundacionales del Uruguay.

Es decir que tiene un origen patricio, pero tampoco tiraba manteca al techo.

L. T.: Claro. Ellos descendían de José Saavedra, un hermano de Cornelio Saavedra.

Nada menos. Entre otras cosas, Cornelio Saavedra fue un militar y político ilustre, hombre clave de la Revolución de Mayo y presidente de la Primera Junta de las Provincias Unidas del Río de la Plata...

L. T.: Exactamente. Bueno, este hermano de Cornelio vino a vivir al Uruguay y tuvo un hijo, llamado José Camilo Saavedra Ramírez, que se casó con la brasileña Isabel Barroso, hija de Francisco Manuel Barroso da Silva, barón del Amazonas, un militar importante de la Armada de Brasil, que en ese entonces recalaba en el puerto de Montevideo. Ahora bien, aunque tú no lo creas, este matrimonio tuvo diecisiete hijos.

No sé cómo llegaron a eso.

L. T.: ¿Viste? Yo a veces comentaba en mi casa: «¡Este señor acomodó a todos!». Pero mi madre me contestaba: «¡No digas eso de mi abuelito!» (risas). Sin embargo, él tenía todo bien claro, porque una hija, Pilar Saavedra, se casó con Jules Supervielle, el poeta, pero la hermana de ella, Amalia, se casó con el banquero Luis Supervielle. ¿Viste que la banca Supervielle todavía está en la Argentina?

¡Claro!

L. T.: ¡Así fue acomodando a todos! ¿Ubicás a unos rematadores que existen hasta el día hoy y que se llaman Victorica?

Por supuesto.

L. T.: Bueno, casó a dos hijos con dos Victorica y a otra hija con un García Lagos, que era un gallego despachante de aduanas pero hizo más plata que los ladrones. Así que el viejo era flor de negociante (risas). En esa época los matrimonios se arreglaban. Estaba eso del «buen partido» y todas esas cosas... Y todavía existe el caserón inmenso en el que la familia Saavedra vivió en la Ciudad Vieja, en la calle Sarandí, entre Zabala y Alzáibar. Las únicas dos hermanas que quedaron solteras vivían ahí, y yo las llegué a conocer porque íbamos a visitarlas con mi abuelo. Las viejas habían cerrado toda la casa, y solo quedaba un pedacito donde ellas vivían. Pero el resto estaba lleno de muebles y de ropa, y nosotros jugábamos a los tesoros, lo que nos daba miedo, aunque también nos atraía porque la casa, que se había construido durante el Sitio de Montevideo, tenía un catalejo y un mirador desde donde veías el puerto. Después, cuando las viejas murieron, se hizo un remate y la casa la compró la ANEP, que le reformó la fachada. Pero no sé qué hay ahí adentro, y la verdad es que nunca más quise entrar porque conservo un recuerdo muy lindo de lo que vi. La casa tenía un salón grande con unas arañas preciosas, y cuando pusieron gas se llenó todo de lamparitas de gas. ¡Y el primer water que hubo en Montevideo estaba ahí, en esa casa! (risas).

Seguramente hubiera aprobado toda esta descripción el gran Manuel Mujica Láinez, autor de *La casa*, un libro exquisito que empieza de esta manera: «Soy vieja, revieja. Tengo sesenta y ocho años. Pronto voy a morir. Me estoy muriendo ya, me están matando día a día. Ahora mismo me arrancan los escalones de mármol...». Pero, más allá de esos detalles pintorescos, ¿cómo calificaría la educación que recibió, Lucía?

L. T.: Mi padre delegó en mi madre la educación, así que ella nos mandó a colegios católicos. Nosotros estudiamos con las Hermanas Domínicas, que tenían una casa central en la calle Rivera, que todavía está —el Santo Domingo, sobre Rivera y Palmar— y, además, tenían una sucursal en Punta Carretas llamada Sacré Coeur —que significa «sagrado corazón»—. Esas hermanas domínicas eran francesas y provenían de Cluny. Ese era un colegio que fundaron ahí y que tuvo un tiempo de existencia, hasta que lo compraron los Maristas. Entonces, mi mamá tomó esa decisión. Eso fue hasta cuarto de liceo, porque para preparatorios fuimos todos al IAVA.

Pero, visto en perspectiva, ¿a usted le genera algún conflicto interno haber tenido esa educación privilegiada —tal vez por el qué dirán— o está agradecida?

L. T.: No, conflicto no me generó ninguno. Porque entre las compañeras —todavía tengo fotos por ahí de mi clase— había mucha gente de Punta Carretas, pero también de otras clases sociales. Los colegios más pitucos en ese momento eran el otro Sacré Coeur, que estaba en 8 de Octubre, donde ahora se encuentra la Universidad, y el British.

Los demás eran colegios de monjas o de curas que daban educación religiosa, y bueno... Aparte, tuve la suerte de conocer a una docente fantástica, una gran profesora de historia llamada Alcira Ranieri, la mujer de Juan Pivel Devoto, gracias a quien toda esa etapa valió la pena.

Y que coescribía con Pivel —e incluso algunos historiadores consideran que su estilo es superior—.

L. T.: Es que el Uruguay ha sido bastante injusto con Alcira, quien investigaba e iba a la par de Pivel. Ella era fantástica, te hacía amar la historia, te contagiaba su entusiasmo, te daba clases con un sentido moderno tremendo y era incapaz de tomarte una lección de memoria. Más bien, te explicaba la lección, te detallaba el contexto histórico y geográfico de los hechos, y te compenetraba de tal manera que su clase era a la que el grupo más quería ir.